

Yáñez en *Al filo del agua*

Al leer la prosa insistente y densa de *Al filo del agua*, se comprende muy bien la importancia de no ser demasiado rápido. La calidad de este instrumento compacto es su sonoridad en la lentitud. No le pidamos un *allegro* de marcha bélica; ni un *scherzo* de fáciles ironías. Su dignidad es la del *andante*; su fuerza, el poder de concentración; su virtud recóndita, la paciencia. Paciencia de quien sabe aguardar ese instante de intuiciones y remembranzas, merced a la combinación de cuyos matices las calidades de un paisaje o de un ser se manifiestan de tal manera que el sólo verlos es ya la mejor respuesta a todas las preguntas con que, durante años, los acosamos.

Sus personajes andan despacio, viven despacio, se hacen despacio; con un ritmo que parece de otra época, aunque no lo es, porque en provincia la moneda del tiempo tiene su peso íntegro y su más elevada cotización. Es un tiempo que miden con sus repiques, por las mañanas y por las tardes, campanas en cuyo bronce nos saluda y nos guía la voz de México.

El canto de esas campanas repercute en la obra de don Agustín Yáñez. Las oigo, singularmente armoniosas, en uno de los mejores fragmentos de un libro suyo: *Genio y figuras de Guadalajara*. Y pues lo hallo, no os escatimaré el placer de conocerlo.

Dice así el escritor:

Ninguna prenda cabal y perdurable, sino el concierto de sus campanas —arriba de los hombres y de las contingencias— puede donar de sí Guadalajara. En sus metales pervive la grande y la pequeña historia; eternizan las emociones fugitivas, los rostros, los gestos, los perfumes, las citas; en su ley se cifran las virtudes provinciales; en su liga se purifican apetitos y pasiones, muere la

muerte y gime la transitoriedad de la vida; en sus lenguas hablan los mitos y las centurias, las personas amadas que no conocimos, los deudos difuntos y los vivientes, las ausencias de amigos, los hombres por venir en los siglos de los siglos, quienes fueron y quienes han de ser famosos, quienes padecen y quienes padecerán olvido. Biblia cívica, martirologio de fastos que nosotros no vivimos y de leyendas, título vivo, crónica inmarcesible, texto para toda edad y condición, memoria y suma de las más bellas voces de mujeres, espejo de héroes, rapsodia fabulosa y actual, evangelio de música, sacramento de muertos, gloria y credo y hosanna resonantes, alma coro tutelar, si cuantos han nacido y amado, si cuantos nacerán y amarán en el recinto de la ciudad se juntasen, su clamor no igualaría la pujanza y eternal pureza, el acento inconfundible de las campanas tapatías.

Ese tiempo de bronce, que las prisas no ahogan; ese silencio en el cual las palabras del más humilde se graban con caracteres cautos, finos y oscuros, pero indelebles, y que destaca de pronto, brillante, como las filacterias de los vitrales, la luz del atardecer; esa quietud que sólo engaña a los ignorantes, porque protege un hervor de pasiones y de deseos, que es fermento magnífico del futuro; esa ciencia tácita de esperar, que labra todo sin estridencias, el poema y la vida, la corona de azahares y la mortaja, el idilio y la rebelión; ese recato que en ocasiones estalla en pólvora; esa sumisión capaz de romper cadenas, esa Patria, en fin, que no traiciona su sino, es lo que el novelista a quien recibe nuestra Academia se esfuerza por expresar con su idioma hecho de esmero y de persistencia, de discreción y de música de interiores, de serenidad aparente y de fiebre oculta.

Cada cual reacciona de manera distinta a la forma en que vibran los nervios de nuestros prójimos. Otros lectores descubrirán sin duda, en la prosa de don Agustín Yáñez, insinuaciones espirituales y virtudes líricas diferentes. Pero lo que más reconforta advertir es que su estilo recurre, en lo mexicano, al decoro de la provincia; en lo provinciano, al tono de México, y, en lo español, a un sentido intenso de humanidad.

JAIME TORRES BODET